

TEMPLARIOS

LOS CABALLEROS DEL SECRETO

Por Javier Sierra



Non nobis, domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam

(No nos glorifiques a nosotros, señor, no a nosotros sino a tu nombre)

Lema del Temple

¿Novela? ¿Ensayo dramatizado?... ¿O quizás algo más?

Desde la publicación de mi último libro, *Las puertas templarias* (Ed. Martínez Roca), esas tres han sido las preguntas que más frecuentemente me han hecho llegar mis lectores. Y supongo que por un buen motivo: las 253 páginas de esta obra, además de recoger una trama casi policiaca que implica a los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple, a **San Bernardo de Claraval**, y a un moderno astrofísico que se ve mezclado en un enigma que empezó ocho siglos atrás, trata de desvelar el "secreto" que convirtió a una modestísima orden de caballería medieval en la más poderosa organización de su tiempo. Pero será mejor que empiece por el principio.

Nuestra historia se perfila en 1118. Jerusalén está ya en manos cristianas, y dos órdenes militares de reciente creación -los Hospitalarios (1110) y los Teutónicos (1112)- se encargan eficientemente de proteger los Santos Lugares de cualquier intento de recuperación por parte de los árabes.

Pues bien, justo por aquel entonces el conde **Hugo de Champaña**, uno de los hombres más influyentes de Francia, poseedor de más tierras y siervos que el propio Rey, recluta a nueve hombres de su absoluta confianza para cumplir una extraña

misión. El conde tiene 41 años, ha viajado en varias ocasiones a Tierra Santa participando en la Cruzada que conquistó esos territorios en 1099, y muestra un especial interés en que sus caballeros se establezcan en la Jerusalén cristiana. El entonces rey de la Ciudad Santa, **Balduino II**, les cederá sin demasiadas contemplaciones la plaza más importante del burgo: el recinto de la Cúpula de la Roca.

Los musulmanes habían edificado en aquel solar una suntuosa mezquita, levantándola justo sobre el emplazamiento donde un día estuvo el sancta sanctorum del Templo de Salomón, y bajo la cual dejaron al descubierto una gran roca que la tradición asegura que había sido el lugar en el que **Abraham**, siguiendo órdenes de Dios, había querido sacrificar a su hijo **Isaac**. Pero aquella roca significaba mucho más.

Para los árabes, justo sobre aquel suelo de piedra había descendido una "escala divina" por la que el profeta **Mahoma** había logrado ascender en cuerpo y alma a los cielos. Fue aquel un viaje santo en el que dicen que el profeta comprendió la estructura de la creación por gracia del propio **Alá**, convirtiendo la ciudad en el tercer lugar santo del Islam después de La Meca y Medina. El relato, idéntico en muchos aspectos al que la Biblia atribuyó siglos antes a Jacob -que también contempló otra de esas "escaleras al cielo" camino de Harrán (Génesis, 28)-, debió excitar la imaginación de los cruzados. Si aquella roca era lo que decían los infieles que era, allí debía esconderse una especie de "mecanismo" capaz de conectar cielo y tierra. Una especie de "ascensor" sobrenatural al reino de Dios.

Fuera o no por esa razón, lo cierto es que los templarios se asentaron en la Roca -Haram es-Sharif la llaman los árabes- entre 1118 y 1128. Su misión: proteger el lugar y las rutas de los peregrinos que quisieran alcanzarla como meta espiritual. Paradójicamente, pese a su condición de caballeros, durante esos diez años de reclusión en la ciudad los hombres del conde Hugo no libraron ni una sola batalla. Sus espadas no se unieron a las fuerzas de ocupación cristiana de Jerusalén para luchar en los frentes abiertos de Antioquía a Tiberiades, ni tampoco se preocuparon por reclutar a nuevos caballeros para su causa. Por el contrario, todo parece indicar que se concentraron únicamente en la excavación y desescombro sistemático de los establos del antiguo Templo de Salomón, descubriendo unas gigantescas bóvedas subterráneas, demasiado grandes para albergar a unos pocos hombres y su séquito.

Un cruzado alemán llamado **Juan de Wurtzburgo**, dijo que aquellos sótanos "*eran tan grandes y maravillosos que podía albergarse en ellos más de mil camellos y mil quinientos caballos*". Y la duda, naturalmente, no tardó en saltar: ¿buscaban algo en particular aquellos hombres? ¿"Algo" quizá relacionado con la intensa historia de aquel pedazo de tierra?

El objeto sagrado

Muchos estudiosos de este periodo histórico, como **Louis Charpentier**, **Robert Ambelain** o más recientemente **Michel Lamy**, sostienen que durante aquellos trabajos los templarios pudieron dar con alguna reliquia o quizás con documentos históricos importantes que les hicieron tremendamente fuertes a ojos del Papa y las monarquías de su época. Pero en 1945 surgió una nueva "pista": ese año se descubrieron en Qumrán, junto al Mar Muerto, en Israel, algunos manuscritos antiguos de la época de Jesús. Uno de ellos, el llamado Rollo del Cobre, describía un fabuloso tesoro formado por la "vajilla sagrada" de Salomón, que debía estar enterrado en el subsuelo de aquel lugar desde el siglo IX a.C. ¿Buscaron los templarios ese tesoro?

Si hemos de creer en lo que dice la Biblia, el ajuar del Templo debió ser fabuloso: un altar de perfumes de oro macizo, una mesa para los panes de la proposición de cedro y oro, copas, braseros y lámparas de metales nobles adornaban una estancia en la que se guardaba el tesoro de los tesoros, "el Santo de los Santos": el Arca de la Alianza. Si descubrieron el depósito que cita el Rollo del Cobre o no, es probable que nunca lo sepamos, pero lo cierto es que en 1125 el mentor de aquella expedición de los primeros templarios, el conde Hugo, abandonó familia y posesiones en Francia y se apresuró a unirse a sus caballeros. ¿Para qué? Su precipitada salida de Troyes demuestra, sin duda, que el noble recibió noticias de algún descubrimiento fundamental que requería de toda su atención... Ahí justo empieza mi novela. Pero ahí también se inicia la trama de un enigma histórico de tremendas implicaciones.

Y es que, fuera lo que fuese lo que hallaron los templarios y mostraron a su Señor, tres años después, al regreso de la campaña de Jerusalén, le sigue la fulgurante ascensión de esta organización. Se convoca un concilio -el de Troyes- sólo para respaldar a la nueva milicia del conde Hugo; San Bernardo, en 1130, redacta los "estatutos" de la organización, y en 1139, en un tiempo récord, el papa Inocencio III concedía a los templarios unos privilegios exorbitantes para la época, haciéndoles independientes hasta de la propia Iglesia, y obligándoles tan solo a rendir cuentas al pontífice en persona.

La clave está en la literatura

A partir de ahí, todo lo relacionado con el Temple se convierte casi en leyenda. Ningún documento histórico da fe de qué pudo convertir un grupo de nueve expedicionarios en toda una fuerza militar, religiosa y política de la época, y los historiadores, casi a la fuerza, se han visto obligados a desembarcar en la literatura de aquel periodo para buscar respuestas. Veamos: en los albores del siglo XIII un poeta y caballero teutónico llamado **Wolfram von Eschembach** escribe un

abigarrado texto -titulado *Parsifal* (Ed. Siruela)- en el que afirma que los templarios son los custodios del Grial. Pocos años antes, en otro texto escrito por un poeta de la región gobernada por el conde Hugo, cierto Chretien de Troyes, mencionó esa reliquia por primera vez, describiéndola no como la copa utilizada por Jesús durante la Última Cena, sino como una especie de bandeja o losa sagrada.

¿Habían descubierto los templarios el Grial? ¿Y qué era ese Grial del que nadie se había preocupado hasta ese momento?

Grial o Arca

Aunque tradicionalmente se crea que el Grial fue la copa empleada por Jesús antes de ser sacrificado, o incluso el recipiente empleado por **José de Arimatea** para recoger la sangre del Mesías en la cruz, este objeto no se cita específicamente en ningún pasaje de la Biblia y no comenzará a hablarse de él hasta bien entrado el siglo XII. **Graham Hancock**, un escritor experto en enigmas históricos, avanzó en 1993 la hipótesis de que aquellas primeras alusiones al Grial de De Troyes y Von Eschembach escondían en realidad una clara referencia al Arca de la Alianza. Según explicó Hancock en su ensayo *Símbolo y Señal* (Ed. Planeta), el hecho de que ambos poetas se refirieran al Grial como una "loza" podría estar haciendo alusión al contenido sagrado del Arca: las Tablas de la Ley. Hancock, además, encontró abundantes referencias iconográficas al Arca de la Alianza en las primeras catedrales góticas construidas en los alrededores del Condado de Champaña a partir del siglo XII. Capiteles, estatuas y vidrieras de Chartres, Amiens, París o Reims aludían al Arca y a su salida del Templo de Salomón, como si los constructores de estos templos supieran a dónde fue a parar tan codiciada reliquia.

Los constructores góticos

¿Pero quiénes fueron esos constructores? Increíblemente, tampoco sabemos demasiado de ellos. Surgen en las tierras del conde Hugo poco después del regreso de los primeros templarios de Jerusalén y manejan técnicas de construcción inusitadas para un tiempo en que la arquitectura se reducía al tosco y monolítico arte románico. Aun así, después del año 1000 Europa vivirá un fervor constructivo sin precedentes: en apenas trescientos años -entre 1000 y 1300- se levantaron "*todas las catedrales, monasterios e iglesias mínimamente importantes que hay en Francia*", dice Louis Charpentier en su obra *Los misterios templarios* (Ed. Apóstrofe). Los números sobrecogen: son 1.108 las abadías construidas a partir de 950, a las que en el siglo siguiente se sumarán 326, y otras 702 durante la centuria posterior.

Esta última expansión coincide, curiosamente, con algunos de los privilegios que se conceden a la Orden, cuando una bula papal de 1163 conocida como *Omne Datum*

Optimum, otorga a los templarios la capacidad de conservar íntegros los botines capturados a los sarracenos, les exime de pagar el diezmo por sus propiedades aunque podrán recibirlo de otros, les facilita tener sus propios capellanes -impidiendo que nadie externo a la Orden controlara sus movimientos- y les permite incluso construir sus propias capillas e iglesias. De hecho, no en vano algunos historiadores creen que tras la financiación y diseño de las primeras catedrales góticas se encontraban los templarios. Sólo así se explica la aparición de una técnica constructiva con elementos tan innovadores -a la vez que arabizados- como el arco ojival, o la inclusión de complejos cálculos matemáticos y físicos en la ejecución de unas obras en piedra que parecían desafiar a la gravedad. Pero, de ser cosa de los templarios, ¿de dónde obtuvieron los conocimientos necesarios para ese nuevo modelo de arquitectura?

Más que una novela

Ahí justo es donde entra la investigación histórica que realicé para la redacción de *Las puertas templarias*. Mi hipótesis es que, si los templarios accedieron a la reliquia del Arca y a su contenido, fue en ésta donde descubrieron la información necesaria para acometer esa empresa.

No es mi intención desvelar demasiado la trama implícita en mi novela "de investigación" -así me gusta llamarla-, pero ya aventuro que las Tablas de la Ley no son las primeras piedras inscritas que entrega una antigua divinidad a los humanos. Mucho antes de que **Moisés** recibiera en el Sinaí tan valioso documento, el dios de la sabiduría egipcio **Toth** entregó a los hombres unos textos -las "tablas esmeralda"- en los que se contenían "todos los secretos del cielo y la tierra". **Imhotep**, el arquitecto que construyó la primera pirámide durante el reinado del faraón **Zoser** de la III Dinastía, recibió los planos de su edificio en una de esas tablas. Es más, la idea de las mismas se helenizó con la llegada de los faraones ptolemáicos al país del Nilo, convirtiendo a **Toth** en **Hermes Trismegisto**, y acuñando el mito del saber inscrito en piedra de forma tan profunda que hasta el Renacimiento llegarán los buscadores de esas "tablas esmeralda".

No es, por tanto, demasiado osado establecer una relación entre las piedras de Toth y las tablas de Moisés, sobre todo si pensamos que éste último, si hemos de creer lo que dice la Biblia, fue príncipe de Egipto. Además, de esa forma se explicarían las conexiones arquitectónicas, de proporciones matemáticas y hasta de distribución que existen entre algunos templos del Antiguo Egipto y las catedrales de los templarios.

Es cierto que mi investigación en este terreno, en la que he invertido los últimos tres años y más de doscientos mil kilómetros por Europa y norte de África, no ha hecho más que empezar. Sin embargo ya ha arrojado sus primeros resultados. La

existencia de un "saber religioso" nacido en Egipto y adoptado por los constructores de catedrales se demuestra en los paralelismos existentes entre ciertas imágenes del *Libro de los Muertos* y la estatuaria de los tímpanos de algunos de estos recintos cristianos. En Vézelay o en la catedral de Notre Dame de París, pueden verse en sus tímpanos principales una escena del llamado "Juicio Final" en la que un ángel pesa el alma de los difuntos y decide si condenarlos a ser engullidos por un monstruo con cabeza de cocodrilo o enviarlos al descanso eterno. Pues bien, el "Libro de los Muertos" egipcio -un texto de más de 5.000 años de antigüedad- describe cómo el dios Anubis pesa el alma del faraón en una balanza y decide si salvarlo o condenarlo a ser devorado por una criatura con cabeza de cocodrilo y cuerpo de león. ¿Casualidad? ¿Una improbable coincidencia de conceptos barajada por artistas de tiempos y estilos bien distantes? ¿O tal vez fruto de una transmisión de conocimiento del que los templarios fueron sus últimos depositarios? Yo, desde luego, me inclino por esto último. ¿Y usted?

"CONFIESO QUE SOY UN POCO HEREJE";

Entrevista a Javier Sierra

Javier Sierra sufre una extraña "obsesión" literaria: antes de sentarse a escribir sus novelas tiene la imperiosa necesidad de viajar a los escenarios donde éstas van a desarrollarse. Para *Las puertas templarias* su peculiar manera de hacer las cosas le llevó a Jerusalén, París, Chartres, El Cairo y hasta al monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. Allí se documentó exhaustivamente sobre la existencia de un plan secreto de los templarios que les llevó a construir templos que imitaban sobre el suelo de Francia la disposición de las principales estrellas de la constelación de Virgo. Un plan que, según Sierra, arrancó hace más de cuatro mil años.

JS: Los primeros en construir monumentos imitando la disposición de ciertas estrellas fueron los egipcios -se explica-. Las tres grandes pirámides de la meseta de Gizeh, en El Cairo, imitan la disposición de las tres estrellas centrales de la constelación de Orión. Una constelación que para los faraones era la contrapartida celestial del dios Osiris.

MM: ¿Y por qué harían eso?

JS: Los llamados Textos de las Pirámides lo explican: porque esas tres estrellas eran lo que llamaban el Duat, la "puerta celeste" a la que debía dirigirse el alma del faraón muerto antes de entrar al más allá. Ellos creyeron que imitando esa "puerta" en el suelo podían preparar mejor su viaje al Otro Lado.

MM: ¿Y los templarios hicieron lo mismo con las primeras catedrales góticas?

JS: En mi novela desarrollo una teoría que surgió en los años sesenta. Al parecer, si tomamos las primeras grandes catedrales góticas -Amiens, Chartres, Reims, Bayeux y Evreux- y las situamos sobre un mapa de Francia, veremos que la figura resultante recuerda la forma de la constelación de Virgo. Quizá eso explique porque todos estos templos se consagraron a la Virgen, pero desde luego parece tener que ver con una idea del templo sagrado que nos remite a época de las pirámides.

MM: Pero entre pirámides y catedrales transcurren casi cuarenta siglos. ¿Cómo se preservó esa idea?

JS: Ciertos grupos musulmanes, como los yezidís, construyeron en Irak templos imitando la forma de la Osa Mayor. En Angkor Wat, Camboya, el conjunto de templos del lugar parece que pretendió imitar la constelación del dragón. Es decir, fue una idea que se extendió por África, Asia y Europa pero que nadie hasta hoy parece haber "visto". Ha sido necesario que arqueólogos y astrónomos amateurs se dieran cuenta de esas similitudes para que otros comenzáramos a estudiarlas.

MM: ¿Eso quiere decir que las catedrales de Francia también se construyeron imitando una "puerta" a estrellas?

JS: Yo así lo creo. A fin de cuentas la antigua religión egipcia y el cristianismo no tienen tantas divergencias como parece. Ya San Agustín decía que los egipcios eran el pueblo que más fe tenía en la resurrección de la carne, como lo demuestran sus momias. Hasta ambos credos tienen sus propias cruces como símbolo de vida o renacimiento. Por no hablar de que el propio dios Osiris volvió a la vida tres días después de ser sacrificado por culpa de alguien de confianza. ¿No le recuerda eso una historia bien familiar a nosotros?

MM: Eso son ideas un tanto heréticas, ¿no?

JS: Bueno, confieso que soy un poco hereje -dice sonriendo.

Anexo. ¿Llegaron los Templarios a América?

Jacques de Mahieu, un escritor francés especializado en la historia de los primeros pobladores de América, sostiene que la Orden del Temple trazó una ruta de navegación secreta entre Europa y el Nuevo Mundo para explotar las minas de plata del Yucatán y aún incluso de Perú y Bolivia. Mahieu trata así de develar el misterio de las enormes riquezas de las que parecía disfrutar la Orden, y aporta como "pruebas" algunos paralelismos iconográficos sorprendentes. Por ejemplo, ídolos de culturas precolombinas con cruces paté grabadas en el pecho, o incluso monolitos de piedra como "El Monje", hallado en las ruinas altiplánicas de Tiahuanaco, que Mahieu cree que es idéntica -estilo aparte- a uno de los apóstoles que luce la portada gótica de Amiens. Ambos sostienen un libro con idéntico "cierre" y hasta el rostro presenta las mismas proporciones. Pero, ¿son válidas esas apreciaciones para

decir que los templarios llegaron a América? Evidentemente no.

Un precedente Místico

Antes de embarcarse en la aventura de redactar *Las puertas templarias*, Javier Sierra dedicó siete años a la documentación de otro caso histórico ciertamente singular. Se trata de los extraños episodios que rodearon la evangelización de Nuevo México, Arizona y Texas a manos de los franciscanos a principios del siglo XVII. Contrariamente a lo que sucedió en otros rincones de América, los españoles no sólo no encontraron resistencia alguna al bautismo por parte de los indígenas, sino que en muchos poblados éstos salían al paso de las caravanas de religiosos para pedirles con gestos la conversión. ¿Razones? Al parecer una misteriosa "dama azul" se había aparecido meses antes en aquellas regiones, anunciándoles el desembarco de los europeos. Tras descartar que fuera una aparición de la Virgen de Guadalupe - que se manifestó en México menos de un siglo antes-, los franciscanos llegaron a la conclusión de que aquella "dama" era una monja de clausura soriana que, sin salir jamás de su convento a 11.000 kilómetros de allí, se había "bilocado" hasta Nuevo México para cumplir su misión evangelizadora. Sierra recogió estos datos en otra novela que, naturalmente, tituló *La dama azul* (Ed. Martínez Roca).

¿POR QUÉ?

- ¿Por qué los templarios tuvieron como puerto principal de su flota La Rochelle, en la costa atlántica francesa, cuando en el siglo XIII el mar comercial por excelencia era el Mediterráneo?
- ¿Por qué los templarios, a diferencia del resto de órdenes de caballeros de la época, mantuvieron tratos intensos con los árabes?
- ¿Por qué las principales catedrales góticas en las que se cree que intervinieron los templarios tienen como elemento iconográfico dominante el Arca de la Alianza, que pertenece al Antiguo Testamento, y no muestran ni una sola escena con Cristo crucificado?
- ¿Por qué el rey **Felipe el Hermoso** de Francia decide en 1307 acusar de herejía a la Orden del Temple y logra dismantelarla en un periodo de tiempo tan corto?